



aguaviva
revista literaria

verano
2 2024

traducciones,
creaciones,
artículos,
reseñas.

el viaje

luci4rtist

aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández.

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Lucía Casanova Bethencourt
Instagram: @luci4rtist

DE LA PRESENTE EDICIÓN Y MAQUETACIÓN

Ana Marante González

PARTICIPAN

Ana Marante González, Andrea Allgayer, Ángeles Jiménez, Aythami Godoy, David Mendoza Rodríguez, Fabio Xose Carreiro Lago, Haridian García de Ara, Juana Báez Cejas, María Gómez García, María González Falcón, Nayra Bajo de Vera, Rosa María Ramos China, Sophia Hidalgo, Taçirga Merino de Castro, Tamonante Peñate, Walter Cáceres.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2024, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: próximamente

DOI: próximamente



Sumario

Nota preliminar

<i>Les escribo desde la guagua</i> , Ana Marante González	5
---	---

Creaciones

<i>Anaga era donde las hadas verdes</i> , Ana Marante González	7
<i>Laura. B.</i> , Andrea Allgayer	9
<i>Viaje de ida</i> , Ángeles Jiménez	11
<i>Viaje a través de un latón de Bandama</i> , Aythami Godoy	14
<i>Por un habitar transoceánico</i> , Haridian García de Ara	16
<i>Los viajes de Sandalio</i> , Juana Báez Cejas	17
María González Falcón	19
<i>archipiélago</i> , Nayra Bajo de Vera	22
*, Sophia Hidalgo	23
<i>El paseo de Pandora</i> , Taçirga Merino de Castro	24
<i>Viaje de vuelta o viaje de ida qué sé yo</i> , Tamonante Peñate	29
<i>Ink and essence, journey and prose</i> , Walter Cáceres	31

Reseñas

Daniela MARTÍN HIDALGO (2023): <i>La piel, la pulpa, el gusano, la semilla</i> , Fabio Xose Carreiro Lago	35
Ana FLECHA MARCO (2021): <i>Piso compartido</i> , María Gómez García	39
Lucía ROSA GONZÁLEZ (2022): <i>Vibración de los Nombres</i> , Rosa María Ramos China	42



Artículos

Hermes: el viajero de multiforme ingenio, David Mendoza Rodríguez46



Nota preliminar

Les escribo desde la guagua

Meryem El Mehdati escribió en *Supersaurio* que “C. Tangana llora en la limo, tú en los asientos delanteros de la guagua un viernes por la tarde” y es que quizás el viaje era y siempre ha sido todo lo que sentimos cuando nos estamos moviendo. De eso trata este número, de la naturaleza intrínseca del ser humano como *homo viator*, como ser que reflexiona y se conoce cuando se traslada. Porque somos nómades por naturaleza, no es de extrañar que concibamos la vida como un viaje. Intentamos crear mapas para entendernos, decimos que nos perdemos cuando no lo conseguimos y envidiamos a las nubes porque a ellas sí las guía el viento. Pensamos en movimiento, vivimos en movimiento, creamos en movimiento. Y más hoy en día si tenemos en cuenta el carácter cotidiano del viaje en el mundo actual; no solo viajamos cuando utilizamos el barco o el avión para conocer otros lugares, sino también cuando, a diario, caminamos, utilizamos el transporte público o conducimos.

Nos movemos. Y moverse es importante cuando el sedentarismo y el individualismo hacen equipo. Inventaron las naciones, inventaron los muros, inventaron los precios de los billetes, crearon las pantallas y se olvidaron de los abrazos. Nos lo enseñan, lo aceptamos y lo tragamos. Tú allí. Yo aquí. La quietud es, en ocasiones, enemiga de la comunidad. Pero al mismo tiempo, también me pregunto por qué nos movemos cuando lo hacemos y hacia dónde vamos. La realidad es que la mayoría de los trayectos diarios están al servicio de la vida académica o laboral, consolidándose como una pieza más dentro de la celeridad del sistema. Moverse es naturaleza, pero correr es capitalismo porque en el movimiento cabe el pensamiento, pero en la rapidez, las ideas mueren. Quizás por ello, además de seguir apostando por coger la guagua hasta La Orotava para tomar un té con las amigas, también deberíamos redefinir los trayectos rutinarios. Son las siete de la mañana de un lunes y no te has tomado el café, pero quizás esa media hora en el tranvía es la única pausa que vas a tener en tu día para pensar sobre cómo estás o para preguntarle a la señora de al lado cómo está ella.

Baudelaire reflexionaba sobre los cambios del París industrializado de su época al pasear y mi abuela sobre cómo ha cambiado el barrio de su madre cuando vamos en coche por La Palma. Hemos nacido para movernos y el movimiento es una suerte de conexión mente-cuerpo porque mientras tus pies caminan, tus neuronas fabrican burbujas. Cae un trueno. Vuelan los pájaros. Se empaña la ventana de la guagua. Ves un mosquito muerto.



El chirrido de las ruedas. El niño que vomita detrás. La radio canta “se formó la gozadera”. Y en medio de todo eso, las ideas.

En la presentación de su nuevo libro, Mónica Ojeda dijo que escribía sobre festivales de música porque era el único momento en el que el cuerpo no estaba al servicio de un fin útil, la única experiencia en la que el cuerpo se movía con el simple objetivo de moverse, de bailar, de vibrar. Cuando viajamos, en cambio, siempre hay un fin. Sin embargo, si prestamos atención al trayecto en sí mismo, viajar se parece a lo que afirmaba Ojeda. El movimiento por el movimiento. No nos interesa el principio o el final, sino el durante. La literatura de viajes, así, presta más atención al cómo que al para qué: lo importante no es el destino, sino lo que ocurre mientras llegamos a él. La vida es igual. Nacemos y morimos, pero lo verdaderamente interesante sucede en medio. Por eso vivir es viajar, nos identificamos como nómades y los aeropuertos y las mariposas constituyen motivos literarios.

Además, a veces y especialmente en verano, el viaje significa conocerse a través de lo desconocido. Salimos de nuestras vidas y nuestras casas y nuestras ciudades un ratito para descubrir quiénes somos en otras vidas, otras casas y otras ciudades. Construimos nuestra identidad a medio camino entre los contextos que separa un vuelo de dos horas. La escritura, como se aprecia en este número, recoge todas esas transformaciones. En algunos momentos necesitamos de otros climas, otras arenas y otros ojos para comprender qué nos agita o conmueve. El viaje es precisamente la estrella guía. No hace falta que sepas leer las constelaciones para encontrar eso o aquello. Pero también, otras veces, el viaje no es una alegoría de la vida ni una forma de autodescubrimiento, sino la única opción para subsistir cuando tu hogar está en llamas. El nomadismo es un derecho universal. Esos viajes también deben aparecer en la poesía.

En definitiva, viajamos, cambiamos, nos desplazamos, subimos a la guagua, nos transformamos, nos trasladamos, pensamos en los colores borrosos de los edificios a través de la ventanilla, caminamos de la mano, miramos las nubes, miramos al techo, miramos al mar, miramos al cielo, nos miramos, nos vemos como en *Avatar* que verse era quererse, nos transportamos, nos enfadamos con la página web de la agencia de viajes, nos mareamos, subimos y bajamos, volamos, miramos la suciedad del asiento. Nos movemos y creamos.

Ana Marante González,
San Cristóbal de La Laguna, junio 2024.



Creaciones

Anaga era donde las hadas verdes,

Ana Marante González

(creación)

Yo crecí allí, arropadita entre la laurisilva. Y a cocó mi niña me decían las brujas. Y a cocó mi niña, yo me dormía. Jugábamos a las cartas y a perder cosas y a patinar sobre el rocío. El coco solo es un monstruo cuando le arrebatan la tilde. Porque le da frío. A las brujas les pasa lo mismo con los senderistas. Solo actúan cuando les arrebatan la montaña. Porque les da frío. Todo eso lo aprendí cuando minúscula. Por las noches, bailábamos. Por las mañanas, tormenta. El infierno huele a crema de sol. Todo eso lo aprendí allí, en Anaga, con el verde atado al cuello y los piececitos enredados en las ramas.

Yo nací donde las hadas verdes y como volaba y era chiquita y sabía agujerear nueces me supieron una de ellas. Y nadaba en los charcos y acariciaba a los perenquenes. Y cuando la penumbra, venían las brujas a charlar y a cantarnos arrorrós. Yo crecí allí, enredadita entre la maleza. Y a veces escondida porque la crema de sol y el chándal y los bocadillos de tortilla. Y las brujas nos decían: calladitas por el día, que si no, las pisan. Y por las noches arrorró mi niña, arrorró mi sol. Pero yo a veces, cuando el sol despierto, me movía. Sigilosa, abarrotada de silencios, descalza. Si los senderistas estaban solos y si no habían matado ninguna araña en lo que va del laurel a la yedra, me acercaba. Me sabía el camino de memoria. Las señales blancas y las letras negras. Desde el pico hasta el mar. Salía de mi escondite y observaba. El peligro es una cantidad que se puede medir. Quieta cuando los guías pedantes y los guiris virulentos y las pandillas sucias. En movimiento cuando alguien cerraba los ojos y respiraba.

Así crecí, espiando a los jóvenes que lloraban, a los niños que se perdían y a los viudos que tosían. Si tenía suerte, alguno hablaba. Le decían cosas a la montaña porque es fácil confiar en la tierra. Aquellos años fueron soliloquios de paseantes. Aprendí sobre el amor, que era algo así como los arrorrós, y la muerte, como flores podridas, y la traición, como aves migratorias, y la libertad, como los alisios. Todo arrebujaado en mi infancia de hada verde, de criatura monosilábica. Sus palabras quitándome la sed. Sus pasos resonando en mis huecos. Bajé hasta la playa y no me ahogué.

Pero un día el infierno. El metal que quema y atraviesa. La llama que prende la tierra. Me incendiaron el hogar y ahora estoy lejos. Fueron ellos. Los paseantes. Las latas de



cerveza me rompen las alas. Tuvimos que irnos. Añoro Anaga. Las montañas deberían permanecer inmunes. A todo. A la suciedad. Al cemento. A la destrucción del mundo.



Laura. B.,
Andrea Allgayer

(creación)

“Ese NO es mi problema, repite conmigo”
me dice —repito con ella— “ese no es mi ⁴⁸⁰
problema”.

Mi madre conduce muy despacio por la autopista
como con un ansia contenida
tiene la mirada clavada en la carretera. Mi madre es muy así
muy recta también ella ⁴⁸⁵

Me dice “ese NO es mi problema
repite conmigo”, me dice —repito con ella
Me dice
“ese no es mi problema”.

Mi madre conduce muy despacio clavada en la carretera ⁴⁹⁰
mi madre es muy así, muy recta también ella
Me dice
—repito con ella— “ese no es mi
problema”.

Mi madre es muy contenida
tiene la mirada clavada muy recta también ella. Me ⁴⁹⁵
dice “ese NO es mi problema,
repite conmigo”, me dice —repito con ella.



*A Dios le pido llorando que no se lleve a mi madre,
que me lleve a mi primero, que no le
hago falta a nadie.* ⁵⁰⁰



Viaje de ida, Ángeles Jiménez (creación)

Filiberto y Antonio nacieron el mismo día. Sus madres los paseaban panzudas por el pueblo, cogidas del brazo. Las otras, envidiosas entre medias de sus propias panzas, les criticaban tanta amistad.

—*Pa* mí que se preñaron la misma noche.

—Y vete a saber de quién es quién.

—Sí, vete tú a saber, entre tanto rebujón...

Pero ellas seguían a lo suyo, que era bordar los ajuares para otras menos mañosas. Los de ellas se los fueron haciendo desde chicas, que en sus tiempos no se llevaba hacer otra cosa. Filiberto y Antonio crecieron entre los hilos de las conversaciones tejidas por las tardes alrededor del café.

—Voy a hacer una jicarita de café.

—Pues sí, y trae los rosquetes que le compré a Maruca, que están fresquitos.

Y Filiberto y Antonio andaban vestidos por el pueblo, porque sus madres les cosían la ropa a conciencia, y calzados, porque sus madres les compraban los zapatos con los ajuares vendidos, mientras los demás andaban descalzos y mal afeitados. Las otras madres también opinaban de los chicos: sin nada que vender, regalaban sus quejas.

—Fíjate tú, si los visten como de Primera Comunión para ir a embarrarse en el fango.

—Yo, ¡ni por cuánto visto así a mi Pedrito! Ni los domingos.

Las madres y los hijos siguieron a lo suyo.

Filiberto y Antonio no sabían lo que eran: no eran hermanos ni primos, pero tampoco amigos como los demás... Eran los hijos hasta que fueron los padres. Crecieron juntos en el mismo pueblo, con los hijos de las otras, hasta que ya nadie se acordaba de cómo lo habían vestido o calzado de chico, ocupado cada uno en vestirse de grande y en calzar a sus hijos chicos. Cada uno a lo suyo.

Filiberto tenía mano con las tijeras y la navaja, algo heredaría de la maña de su madre, y la utilizó en su barbería, la única que hubo en el pueblo durante toda su vida. Antonio



era más de conversar, entrenado en las tardes de costura, así que puso la venta para seguir conversando.

En la barbería de Filiberto también se conversaba: la cháchara empezaba en la venta y continuaba en la barbería o al revés. Y también se la llevaban al bar, pero Filiberto y Antonio no eran de *bebidas blancas*, con lo que esas se las perdían. Ellos eran más de la casa, y poco contentas que tenían a sus señoras, encantadas de lo cumplidores de sus maridos con sus deberes matrimoniales: la envidia de otras, mal cuidadas.

Y entre vete y dile, dimes y dijeron se les fue gastando la vida, sin prisas, sin tardanzas. La vida toda recorrida sin moverse del pueblo, sin separarse de ellos mismos: para qué, si allí lo tenían todo, ninguna necesidad. Su viaje empezaba y terminaba allí mismo.

Filiberto pelaba, afeitaba...

Antonio vendía, fiaba...

Los hijos se fueron a estudiar a la ciudad, porque lo que sí tenía el pueblo es que había que estudiar por todo lo que no habían estudiado los de antes, así que allá se fueron todos ellos; y de allá volvían, también todos juntos, con las calificaciones impolutas, que estaban mal vistas las manchas: “¡Con lo que se sacrifica tu padre...!”.

Y los hijos se quedaron a trabajar en la ciudad, incluso se mudaron a otras ciudades más lejanas, hasta algunas en las que hablaban raro. Y volvían en verano, también con las calificaciones para mostrar en el pueblo: familia de fuera, coche importado, hijos bilingües. Sus viajes siempre eran de ida y vuelta.

Y los padres los recibían a todos igual que cuando volvían de la universidad: con ilusión, con esperanza.

Los padres cada vez más viejos.

Los hijos cada vez más lejos.

Los hijos de Filiberto y Antonio se habían casado bien: las conocieron en la universidad y desde allí empezaron a crear sus éxitos. Los éxitos de ahora, que no son como los de antes. Los de ahora no son como los de Filiberto y Antonio, que disfrutaban de comer en casa todos los días, de que no se acabara la tarde sin haber sabido el uno del otro, como cuando chicos, de la misa de los domingos vestidos de guapos, de si alguno había estado con mocos o dolor de barriga, de sus cosas... Los de ahora son de otro tipo, y ellos no entienden que sus hijos disfruten llegando tarde a casa, viéndose de verdad solo los domingos, ya sin misas, porque los otros días están ocupados creando más éxitos para



llegar más tarde a casa para verse solo los domingos... Los hijos bilingües crecen sin aprender la lengua de la madre, aunque hablen el mismo idioma, ocupados también en contribuir a los éxitos familiares desde que se les despierta el pensamiento: “Qué listo Pablito, me ha aprobado todo. Con cuatro años ya apunta maneras, este va para abogado”.

No, en el pueblo los éxitos eran otros. Éxito por que los hijos triunfaran, sí, pero sobre todo por que les vinieran a contar sus triunfos, por que les vinieran a preguntar por sus miedos, por que les vinieran a cobijar como niños, a consolarles el alma de vuelta, como hicieron con ellos. A devolverles los abrazos.

Pero no, no hay tiempo, y Filiberto y Antonio se consuelan con las migajas de tiempo que desenlatan sus hijos del envase conseguido con tanto éxito. Tiempo de desecho para acallar la conciencia por querer olvidarse de ellos: tan de pueblo, tan lentos, tan antiguos. Vidas paralelas cada vez más separadas. Viajeros sin tiempo.

Filiberto ha estado enfermo, el médico le ha dicho que guarde reposo, así que ha tenido que cerrar la barbería. Antonio y su mujer lo acompañan para que la mujer de Filiberto pueda descansar.

—Llamo a tus hijos. Yo creo que deberían venir.

—Déjalos, Antonio, que sabes que están muy apurados.

—Pero lo mismo se acercan unos días.

—Que no, que ya bastante tienen con sus cosas.

Y los hijos de Filiberto no se pudieron despedir, ni tampoco Filiberto de ellos: no hubo tiempo.

Filiberto y Antonio no murieron el mismo día, pero para Antonio fue como si empezara a morir cuando se despidió de su amigo. No sabía vivir sin él.

El viaje de la vida es solo de ida.



Viaje a través de un latón de Bandama, Aythami Godoy

(creación)

Son las seis y media y los muchachos ya se agolpan en la puerta de la línea doce, geometría de cuerpos incrustados los unos con los otros para formar un arquetipo de animal impreciso sobre los rieles amarillos de sus asientos. Por suerte permanezco contenido en un huequito de caja de cerillas donde cabe una mochila, un libro y, con algo de ánimo, hasta un torso; pero a cambio tengo que pasar todo el viaje revisando rostros solubles subir y bajar a cada parada, como el vaivén de un oleaje que los arrastra muy lejos de mí.

“¿A dónde irán a parar las hojas de barbusano cuando el viento las eleve?”, y le cedo mi asiento a una señora con apariencia de hoyo de queque mientras dos hombres prenden sus brazos esbozados hasta confundirse en la marea de cuerpos; “los gnomos de los bosques termófilos harán con ellas sus rebecas y temblarán inútilmente”, murmullo entre murmullos de otras voces que crecen en cada esquina como flores salvajes dispuestas a morir.

La guagua se para de nuevo y un hombre con apariencia de papagüevo le cuenta a una señorita de cuerpo de cursiva lo cuico que es, “y tan cuico no serás si estás en un latón de galletas cuando aún no apagan la lumbre”, pero no recibe respuesta porque su mirada y todas ellas están puestas en una dimensión desprovista de espacio que ocupar. Al cabo nos ponemos en marcha y no dejo de pensar en que si paso un rato más aquí todo yo, encerrado humano, acabaré convertido en estría sobre el ventanal ya ajado; y aun así me mantengo y resisto y me permito resistir a cada respiración ajena sobre mi cuello.

Llegamos a la estación y al abrir las puertas decenas de pies aferrados a sus muslos se desparraman en dirección al exterior, como un trasmallo atravesado por un tragaluz de cuchillas. Se puede respirar por un breve instante, hasta que otro retal de pan recién horneado ocupa, en forma de hombres, de nuevo el vagón; pero aún están frescos y no se engoman por el ambiente que, macerado en torno al techo de la guagua, convierte en leche cortada mis pensamientos.

“El trabajo dignifica y el transporte embrutece”; ojeo mi libro aunque no entienda ni una sola palabra, “las hojas de barbusano con sus enanos holandeses”, y reviso sus miradas cuando la guagua atraviesa el túnel para dar contra el mar carmesí, imbuido siempre a este lado en recortes de papel.

(Entra el VIEJO BELANO, medido sobre el entarimado y ya casi en horizontal).



VIEJO BELANO: (Agazapado como un tetracordio) ¡Joven!

JOVEN CALUCA: Tan solo dígame.

VIEJO BELANO: ¿Le parece normal tenerme aquí, erguido a solas y en medio de mí en lo que usted descansa y no se cansa dando sombra al asiento?

JOVEN CALUCA: ¡Oh, pues alguien tendrá que hacerlo y usted a estas alturas casi transparente, viejo finado y tonel de cedro!

(El VIEJO BELANO retumba colérico y arroja de sus labios un hilo de tabonas tan oscuras como invisibles).

El sonido de la discusión empaña el cristal y no me permite seguir el contorno de las figuras prehistóricas que los buques y cargueros proyectan sobre el mar, aún indefinido entre las trazas de luz pintadas con crayones; alzo la vista y “son grandes riscos desprendidos de la tierra en movimiento, una parada más y ya estará” cuando alcanzo a ver un montón de ojos posados en la algarabía airada de los dos pasajeros.

VIEJO BELANO: (Hinchándose. Hinchado) ¡Ah, eso sí que no!

(El VIEJO BELANO alza su bastón que no es bastón sino florete de cuerpo de rosal vencido).

JOVEN CALUCA: ¿Y usted me va a dar bien dado, zarrapastro de gamuza y estameña?

VIEJO BELANO: ¡Eso mismo, eso mismo!

JOVEN CALUCA: Pues venga y golpéeme. ¡Sabrán todos que aún queda un hombre defendiendo su asiento, abierto en cada punta por la cima de su cerro!

(El VIEJO BELANO hunde su bastón-florete-rosal sobre el JOVEN CALUCA, cuya cabeza es aplastada en cinco pedazos que riegan de pulpa y pipa las paredes de la guagua).

Escucho gritos atorados sobre el estribillo del motor, garganta de una criatura compuesta por otras, que se revuelve violenta alrededor de una escena revestida de jugo y espigas. Los pasos se suceden al compás de un montón de codazos y yo solo busco la salida, porque ya me toca salir y cuando es nuestro turno siempre somos un poco más mezquinos. Al poco que la puerta se abre saco una pierna y luego un brazo y al cabo otra pierna y ya mi cuerpo entero es azotado por la brisa del paseo; de ambos lados solo encuentro la nada y en el horizonte se extiende tímido un trazo irregular. Hoy ya fue, mañana quién sabrá.



Por un habitar transoceánico, Haridian García de Ara

(creación)

Olas son melodía del mar, arroyos de Leteo, duermevela en el que sumergirse hasta abandonarse a una misma en plenitud. Y el salitre acariciando el rostro, chip-chip, y todos los males borrándose uno a uno, año a año, por cada poro de esta tersa piel cicatrizada deslizándose, marchando como gaviotas hasta el lugar del que alguna vez vinieron, allá a lo lejos, bien lejos, besándose entre el cielo y el mar yacerán. Y la brisa acariciando los largos cabellos haciendo de madre para aquellas huérfanas, pobres huérfanas sin sitio al que acudir, cómo lloran y lloran hasta confundir sus lágrimas con el mismo océano que en su seno las cobija. En las nubes del azul celeste tomarán forma sus sueños: he aquí un hogar, se dirán, he aquí una familia, crearán, y he aquí el amor al fin, suspirando. Archipiélagos de desarraigo en brumas cubiertos, navío y estela dibujando puentes sobre las aguas al amparo de la anaranjada luz del ocaso, sintonía del pasado y del futuro portando consigo seres innombrables en espera de nueva voz dada. Y mientras el barco se aleja hacia el horizonte piensan que se mueven ellas pero el viaje también, porque el viaje es viaje del propio viaje, a su vez.



Los viajes de Sandalio, Juana Báez Cejas

(creación)

Nunca estuve a gusto con mi nombre. Desde pequeño fui objeto de burlas; que si me voy a comprar unas sandalias, que si te voy a poner como un zapato, que si no me sentía betunado... Pero superé todas esas chanzas con dignidad gracias a mi padre, que me aleccionó para tener amor propio en la vida, para sacar la cabeza sobre la bazofia circundante. Él tampoco podía decir nada en contra porque llevaba el mismo nombre, aunque nunca supe si realmente le gustaba o me lo había puesto para joder a alguien más con el nombrecito.

Vivo en el número 125. Es una calle tranquila, con el sol desparramado todo el santo día, quizá en exceso. La poca sombra se la dan algunos flamboyanes y laureles. Algo que también es positivo de mi calle es el cantar continuo de los gorriones, como es tan silenciosa, parece que hay unos altavoces cada dos metros que incrementan el piar reiterado de los pájaros. Nada más visitar el lugar, te das cuenta de la inmensa fortuna que tenemos los que moramos aquí: silencio, solajero y melodía.

Estaba anocheciendo cuando emprendí el viaje. Llevo una vestimenta clásica, el mismo traje gris de siempre, ya carcomido un poco por los malditos insectos. Al llegar a la costa, como no vi a nadie, me dediqué a hacer pelotillas con los gusanos y tirarlos entre unos hierbajos cercanos.

Poco a poco, con gran parsimonia, con gran solemnidad, me desnudé entre las sombras de la playa y, muy suave, me deslicé en el agua tibia de agosto. Comencé a nadar, mi cuerpo parecía un ser venido de las profundidades abisales, extraño, moviéndose despacio. Las pardelas revoloteaban alrededor sin atreverse a picotearme y luego se marcharon a esconderse en el imponente acantilado. Dejé que mi cuerpo flotara boca arriba, admirando la belleza de la noche colmada de una luna reluciente, enorme. En ese momento me sentí libre y vivo, tremendamente vivo. En eso llegó el barco, el salvador de las cuitas de muchos canarios. Salí del agua, sentí un escalofrío, mezcla de miedo y de frío. Me vestí rápido, metí la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta saqué un peine y le di un par de repasos a mi rala cabellera. Sorteando las rocas más grandes, me acerqué al Telémaco.

Comenzamos la ruta bajando hasta cerca de Cabo Verde para luego continuar rumbo al oeste, empujados por los vientos alisios y luego por la corriente norecuatorial. No quiero volver a recordar esa travesía: caballos desbocados enviados por Poseidón que se



trastocaban en olas enormes anegando todo a su paso, hambre, sed, fatiga, el miedo que corría entre los rincones de la nave, las dudas anidadas en nuestras cabezas pensando en si sobreviviríamos, los rezos perennes que flotaban en medio de los maderos.

Entonces apareció a lo lejos Martinica, como un espectro.

Vivo en el número 125. Es una calle tranquila, con el sol desparramado todo el santo día, quizá en exceso. La poca sombra se la dan algunos flamboyanes y laureles. Algo que también es positivo de mi calle es el cantar continuo de los gorriones, como es tan silenciosa, parece que hay unos altavoces cada dos metros que incrementa el piar reiterado de los pájaros. Nada más visitar el lugar, te das cuenta de que es un camposanto. Dicen algunos que estoy muerto, que fui uno de los ahogados del Valbanera. ¿Cómo llegué entonces hasta aquí?... Bueno...es la ventaja de ser un finado; viajar a donde quiero. Ya no me pego esas singladuras tremendas cruzando el océano. Ahora lo hago en navíos que llegan propulsados por la corriente marina canaria desde el continente africano. Pero no puedo cuidar a todos los migrantes, algunos se los traga la nada o se convierten en vecinos de mi calle. Esa calle tranquila, con el sol desparramado todo el santo día.



María González Falcón

(creación)

—una letra, un número y una flor

enloqueció con sal

dijeron

tú o él —nosotros o nadie

enloqueció con sal

me hundí en sus miedos

en un infinito azul de oscuridad

náufrago en un mar de amenazas

una voz demasiado asustada para hablar

enjaulada en ojos acristalados

demasiado torturados para llorar

él enloqueció con sal

ella con la pérdida de un hijo

y su hijo —con la pérdida de inocencia

uno por uno —desaparecen— sin nombre

siento tu mano hasta que siento el suelo

ahora duermo solo estás tan lejos



grité una voz que ya nadie reconocerá
te busqué en multitudes
lloré tu nombre bajo noches
otra vez —solo— con toda esta agua de por medio
perdido

paredes blancas con ruidos tontos y voces
dijeron
si encuentras el final
permaneces —una letra y un número— en una tumba
coronada con una flor

enloqueciste con sal
dijeron
tú o él —nosotros o nadie
enloquecí con sal
me hundí en sus miedos
en un infinito azul de oscuridad

uno por uno —desaparecemos— sin nombre
siento tu mano hasta que no siento nada más
ahora duermo solo estás tan lejos

no me dejes ahora
dije



aún no hemos alcanzado el final

¿permaneceré —una letra y un número— en una tumba

coronada con una flor?



archipiélago,
Nayra Bajo de Vera
(creación)

vuelan ralladuras de arenisca

brincando en el cielo marrón

asoman bandadas de hierro

huyen los pájaros de plumas

cada día que pasa

se encoge la tierra viva

nadie se mojó la lengua

lamiendo piedra y hormigón



*
,
Sophia Hidalgo
(creación)

voz ósea anhelo

el chasquido de la certeza

la paz del hueso

vuelve cuando

¿cuándo?



El paseo de Pandora, Taçirga Merino de Castro (creación)

Se recomienda acompañar la lectura con la siguiente lista de reproducción musical, disponible en el siguiente link o en el código QR:

<https://youtube.com/playlist?list=PLf4b4DBZk6VwKi3uUOzHFBHzoBn4NoxJ9&feature=shared>



Non queremos ir nada máis que ata o fondo...

La intensa luz del mediodía refleja sus rayos en los muros de La Plaza, impregnando de un vivo anaranjado el espacio de la guagua que acaba de llegar a la parada. Su interior, blanco desgastado, es suficientemente amplio como para acoger a las personas que se apresuran a bajar del vehículo para hacer la compra en el mercado y retornar para el almuerzo a sus viviendas esparcidas por el recorrido de esta línea y de las que con ella transbordan. Saco un momento los cascos.

—Chofer, muy buenas, ¿a qué hora sale?

—Muy buenas, a menos veinticinco.

—Muchas gracias.

Benvinguts al llarg viatge...

Aún queda tiempo como para ir a tomar un café y volver. Se puede escuchar a lo lejos el rebumbio del personal de las cafeterías de La Plaza, gritando comandas y sirviendo cafés cortados, esos que se parecen a los de España sólo en el nombre. Pero nadie se va.



Las cuatro personas que estamos a la espera para subir nos quedamos en la marquesina, mirando de reojo al paso de peatones por el que se marchó el conductor para hacer las gestiones pertinentes a la cabecera de ruta y, seguramente, para botarse un café solo dentro del cuerpo que le ayude a llevar la jornada de trabajo de un punto a otro por la misma ruta hasta que le llegue el relevo.

Bajo mi mirada al suelo y me viro de espaldas a la carretera. Observo las baldosas de cemento gris repletas de chicles viejos y sustancias pegajientas varias. Esto no es la piedra lisa y pulcra de la Calle Mayor, esto es una parada de guaguas para los barrios obreros. El Ayuntamiento limpia lo justo para que los turistas europeos que se acercan al mercado no se escandalicen mientras devoran los productos del país. Mientras disecciono con la mirada aquellas baldosas, no puedo evitar escuchar a las personas que están esperando conmigo.

—Pues mi hijo está en Alemania. No encontraba nada aquí y tuvo que marcharse para poder trabajar de lo suyo.

—¡Isú! No muy lejos anda mi nieta. Al final la cogieron en un almacén de una empresa de muebles, con un nombre complicado como él solo.

—¡Ay, mi niña! Y nosotras que pensamos que si estudiaban podrían vivir aquí con tranquilidad.

—¡Sí, doña, sí! ¡Estamos bonitas! No pudimos hacerlo nosotras, y usted se pensaba que iban a poder ellos...

Se hace el silencio. Levanto la mirada y veo a las tres señoras sentadas en un banco gris, con las bolsas llenas de verduras, pollo y fruta. Sus manos están llenas de arrugas y durezas, y sus caras sólo expresan una cordialidad inmensa, casi imposible después de un dolor insufrible. A su lado el panel publicitario reza en blanco sobre negro “Tu vida depende del turismo. Cuídalo”.

—¿Pasó algo, mi niño?

—No, nada, no se preocupen.

Detrás de mí, irrumpe el arranque de un motor. Las señoras se levantan y recogen las bolsas del suelo. Colocándonos en fila, primero las señoras y después yo, buscamos apresuradamente nuestros bonos para subir a la guagua. Los “buenos días” se suceden mientras validamos el pasaje. A piques de arrancar, un joven golpea la puerta con el corazón en la boca.



—Chófer, ¿es aquí donde se coge la 13?

—Sí, estoy saliendo ya. Sube, anda.

La guagua arrancó y, como en todo viaje que se precie, me dispuse a colocarme los cascos para escuchar la música que había preparado para el trayecto. Sonaba Aralarko Dama, de Zetak. La vista se posó a mi izquierda, donde la Avenida Marítima ganaba los últimos metros al mar para ir mesturándose con cada ola con el Atlántico. La costa llena de cargueros y demás barcos industriales estaba completamente tranquila, mientras que los coches zumbaban a grandísima velocidad por la autovía, pasando a rente unos de otros.

AMAZEYE...

En Santa Isabel se suben un par de señores mayores, sin más equipaje que sus gorras para cubrirse del sol. Pasan a mi lado y se sitúan en los asientos de la mitad, al tiempo que el vehículo arranca de nuevo y comienza a maniobrar para subir hacia San José por una calle por la que cabe escasamente, sin hueco para el error. Se suceden los colores vivos de las casas arregladas de Vegueta, llamando la atención del ojo desacostumbrado, que se deja impresionar por algún azulejo más decorado cuyas formas no pueden distinguirse con el impulso del motor mientras encara la cuesta. Llegamos a la Portadilla, donde se baja una de las señoras. Coincide con una pausa de las canciones, por lo que la puedo escuchar despedirse con un “¡Hasta mañana!”. Los colores vivos ya se muestran desgastados por el sol. Se nota que aquí vive la gente de toda la vida, no es un polo de atracción para nómadas digitales precisamente.

Un poco más adelante, la iglesia preside la plaza, con sus muros encalados y contrafuertes en cantería gris, quién sabe si de Arucas. Alguna pelota cruza el campo visual, que atraviesa la guagua y se atreve a cambiar el foco. Unas carcajadas vienen de atrás. Las señoras conversan vivazmente, a la vez que en mis cascos se rompe la tensión de los acordes. El ambiente se percibe sencillo, sin grandes pretensiones. Viro de nuevo la cabeza hacia una posición más natural y me siento alegre de poder observar estos momentos cotidianos. Los saludos al chófer al subir, las conversaciones triviales y profundas de las marquesinas, las miradas fugazmente cómplices que alguna vez encuentras al posar la mirada aleatoriamente en algún punto dentro del vehículo. Estas joyas que se echarán en falta.

I broke the code...



Bajaron ya los señores en la Casa Amarilla. La guagua sigue su recorrido esquivando baches y *guardias muertos* en su trayecto. La conversación sigue de fondo en la guagua, mientras se oye algún suspiro entre canción y canción, entre casas multicolores y negocios que vieron tiempos más prósperos. La vista se desenfoca cuando ya encaramos los accesos a los barrios del Cono Sur. El joven, ya con más resuello, desciende del asiento delantero derecho. Se baja en las escaleras de Zárate.

...na vapor di imigrasom, ye, ye, oh...

Los barrios fortificados en los riscos se articulan como un sistema circulatorio, en el que arterias y venas de piche y metal llevan por sus sinuosas curvas a las personas que dan vida a la ciudad de día y duermen en sus faldas de noche. Las montañas flanquean los caminos de estos núcleos de población, dependientes de guaguas y coches para insuflar ánimas en sus casas, a la vez que dos testigos, el silencio de la Casa del Niño y los veinticuatro ojos que vigilan la Ciudad Deportiva que todo el mundo cisnombra, flanquean este vaso sanguíneo motorizado y bidireccional, que nutre a la ciudad con las personas que habrán de perecer por sacarla adelante.

Als pobres tot vos sembla mal. Potser no vas fer mèrits, res passa per atzar...

Gasolineras y facultades, rotondas y supermercados. Una iglesia. Final de mi recorrido. Me levanto y veo que un panfleto se quedó en el asiento del chico joven. La vista fugaz, apresurada, sólo consigue ver una bandera tricolor republicana.

La guagua encara la subida al penúltimo barrio de la ciudad, su colegio, su parque, su biblioteca, su historia. Mi historia. Pero mi camino continúa a pie. Dirijo mis pasos hacia las casas desaparecidas, hacia la playa desnuda. Hacia el sur, en definitiva. Sólo la Torre del Viento permanece en esta playa que la panza de burro se encargó de liberar para este paseo impulsivo. Mi andar se encuentra con el Atlántico, mientras que la vista se enfoca, a lo lejos, en una figura masculina con un bucio sujeto en la boca.

Aún tengo mi gofio, aún tengo mi gente...

La arena pegajosa y el vaivén de las olas aceleran el pensamiento, por no decir que lo fulminan. Atrás quedan las certezas, sólo quedan las dudas y una raya en el jable negro para cruzar.

Una bandada de pardelas cenicientas rompe el vuelo al presentir pasos ajenos sobre el árido basáltico. Ya estoy a mitad de la playa.

Mens desperata in corpore sano, mens conterrata in corpore sano...



Unos pasos más, esa cuesta.

Aluméame luiña, aluméame luar-e, Aluméame luiña, que me van a pasear-e.

La estatua verdosa impresiona desde cerca. Mi línea de pensamiento se funde con las ondas metálicas de la onda de la estructura. La altura impresiona y las rompientes ensordecen a través de los auriculares. Un monumento nuevo se presenta un poco más allá. Aquí acaba el paseo. Aquí acaba el viaje. Donde tantos fueron paseados, donde tenía que haber pasado aquel coche camino del aeropuerto que nunca pasó, al encuentro del Dragon Rapide.

Un palpado en el bolsillo. Un papel. Una última lectura:

“Arrasaron lo que pude llegar a ser

Recojo los cachos relingados.

A ustedes, conquistadores de tierras y vidas ajenas,

a ustedes dirijo mi odio,

siempre servil

siempre servicial

hasta que sus cabezas rueden

por los barrancos de mi vida, cuerpo y tierra liberada.

hasta que mis lágrimas escapen

en busca de otros mares”.

Dejo el papel entre dos piedras, dispuesto a servir de guía para quien busque respuestas ante el mar desatado. La Mar-fea. La Marfea. Nunca entendí la fealdad en este mar. Incluso con la muerte descolgándose por sus riscos

Tu naceste p'ra nadar. Es tubarão-azul

Cerré los ojos y dejé sentir el viento ascendente entre mis brazos.

Pandora, no!

(Pandora, si)



Viaje de vuelta o viaje de ida qué sé yo, Tamonante Peñate

(creación)

Desde que se murió mi infancia ya no sé si me embarco en un viaje de ida o en un viaje de vuelta.

No recuerdo exactamente cuando falleció la niña que veo en las fotos enmarcadas del salón de mis abuelos. Antes de irme, mucho antes de hospedarme en otro sitio —que no fuera lo que esa chiquilla de los marcos reconocía como su hogar—, esa casa comenzó a despegarse de mí. Se me aparecía en sueños como una sombra que se deshizo de la silueta de mi cuerpo con los años. Ya no era mi casa. Ya no es mi casa. Perdí la pista del porqué. Quizá haya sido un cambio en la atmósfera que provocó un contraste más tenue en la luz del ambiente, o puede que tal vez hayan sido mis ojos. Se cansaron. Puede que simplemente se cansaran.

Cada vez que me subo a un avión pienso en volver al Malpei Grande, en las faldas del Gairía. Me desespero y no puedo dormir por las noches, camino de un lado a otro, molesto a todo el mundo con una voz chillona describiendo ese lugar que todo el mundo tiene y que se llama hogar, pero en realidad lo que hago es decirlo mucho y alargadamente y muy alto para que resuene dentro de mí. Para creérmelo. Yo también tengo un lugar al que volver, ¿sabes? ¿Oíste? ¿Me oíste? Y yo llego después de cuatro horas y media de avión, y bajo de la pasarela de la entrada hacia la terminal, y recojo las maletas, y salgo a la calle, y nada más respirar el aire vuelven a mí los recuerdos y detrás de ellos: el dolor. El nudo en la garganta y los ojos cristalinos.

Al entrar por el marco de la puerta tiro las maletas, me pongo las botas, dispuesta, en camino al Malpei Grande. Cada vez que voy ahí busco una piedra con mucha superficie, esquivando las más rasponas y puntiagudas. Me siento con cuidado, pongo los pies muy juntos, meto las rodillas dentro de la camiseta y contemplo el paisaje. No hay ni un sonido aquí. Tampoco hay silencio en mí. El viento ruge y ruge y ruge y me mueve el pelo en muchas direcciones a la vez y levanta tierra y achico los ojos para que no me entre nada. Viro sin querer la boca y si alguien me viera en estos momentos se pensaría que tengo pocos amigos. Y es verdad. Miro. Observo. Tiento con las manos el suelo y las piedras y los musgos que marcan la dirección al norte. No reconozco nada. Es el mismo sitio de siempre y no sé dónde estoy. Tengo miles de recuerdos aquí y no consigo hilar el escenario del presente con el del pasado.



Siempre quiero volver a mi casa. A mi casa. Pero cuando me bajo del avión, mi casa ya no está. Yo no tengo casa. Solo el recuerdo de algo que nunca se dio. ¿Quién soy cuando no tengo a donde volver? ¿Dónde coloco mi alma si mi casa es un fantasma de mi memoria? ¿Dónde pongo las manos para construir un futuro lejano?



Ink and essence, journey and prose,

Walter Cáceres

(creación)

In echoes faint, a reminisce profound,
where every word, in whispers, is found.

And written.

And commented.

And uttered.

And thought.

This is literature.

Texts enter into the evidence. Born from the depths of despair, only to fade into the abyss of forgetfulness. Emerged with fervour, they are etched onto the landscape of existence, only to be vanished by the passage of the tick of time bombs.

Evoked emotions lingered long after their ink traces had abandoned their souls. Essentialised as timeless artefacts, enduring the test of time, subjected to tortured writers and the torment of indifference.

“What a paradox!” Wise (wo)men said. Texts navigate the rivers of human life, becoming travellers, yet, also becoming a part of the journey itself. “Which emerged first: the part or the whole?” Wise (wo)men wandered.

Commoners usually believed that no end could be regarded, that no end was, in essence, the end itself. Yet, texts are constant waves meeting shores, ever and evermore.

In the realm of literature, texts emerge as vessels of emotion, carrying the weight of wretchedness and the glow of adoration. Despised by some, and worshipped by others, they are cherished hymns. As they pass from hand to hand, the essence of their creators dissipates like mist in a sandal haze. Beauty and bitterness intertwine, all is fair, and every verse holds the power to confound.



Tinta y esencia, viaje y prosa,

Walter Cáceres

(creación traducida)

En ecos débiles, un recuerdo profundo,
donde cada palabra, en susurros, se encuentra.

Y escrita.

Y comentada.

Y pronunciada.

Y pensada.

Esto es literatura.

Los textos entran en evidencia. Nacidos desde las profundidades de la desesperación, solo para desvanecerse en el abismo del olvido. Surgen con fervor, están grabados en el paisaje de la existencia, solo para desaparecer con el paso del tic-tac de las bombas del tiempo.

Las emociones evocadas perduran mucho después de que sus huellas de tinta hayan abandonado sus almas. Esencializados como artefactos atemporales, resisten la prueba del tiempo, sometidos a escritores torturados y al tormento de la indiferencia.

“¡Qué paradoja!” decían los sabios. Los textos navegan por los ríos de la vida humana, convirtiéndose en viajeros, pero también formando parte del propio viaje. “¿Qué surgió primero: la parte o el todo?” se preguntaban.

La gente común solía creer que ningún fin podía ser considerado, que ningún fin era, en esencia, el fin mismo. Sin embargo, los textos son olas constantes que llegan a las orillas, una y otra vez.

En el ámbito de la literatura, los textos emergen como vasijas de emoción, llevando el peso de la desdicha y el resplandor de la adoración. Despreciados por algunos y adorados por otros, son himnos apreciados. A medida que pasan de mano en mano, la esencia de sus creadores se disipa como niebla en un resplandor de sándalo. La belleza y la amargura se entrelazan, todo es justo, y cada verso tiene el poder de desconcertar. Las emociones evocadas habitan las letras trazadas en estas páginas. Surge la pregunta de si estas letras han sido compuestas por mi esencia, o si las letras han compuesto mi ser.



Evoked emotions inhabit the letters traced on these pages. The wonder arises as to whether these letters have been composed by my essence, or letters have composed myself. Every verse, every word, every trace holds its own agency, intertwining in the essence of those who visit it.

I stand on the road of existence, enveloped in the traces of an everlasting odyssey. My essence mingles with the whispers of time, in an eternal quest. Immersed within the boundless limits of texts and books, surrendering to the depths of narratives of love and loss.

Dear reader, you too have ventured forth into this journey. As my words intertwine with yours, our essences blend, melding realities. In this convergence, you are too on this ship. For once, you have delved into literature, dear reader, you are forever transformed. Ever and evermore.

For in the end, what matters most,
If not the destination, but the host,
Of words of worlds, where fate unravels,
And in the journey, I find myself, I travel.



Cada verso, cada palabra, cada trazo tiene su propia agencia, entrelazándose en la esencia de quienes lo visitan. Me encuentro en el camino de la existencia, envuelto en las huellas de una odisea eterna. Mi esencia se mezcla con los susurros del tiempo, en una búsqueda eterna. Inmerso en los límites infinitos de textos y libros, entregándome a las profundidades de las narrativas de amor y pérdida.

Querido lector, tú también te has aventurado en este viaje. A medida que mis palabras se entrelazan con las tuyas, nuestras esencias se funden, fusionando realidades. En esta convergencia, tú también estás en este barco. Porque una vez que has incursionado en la literatura, querido lector, estás transformado para siempre. Una y otra vez.

Porque al final, lo que más importa,
no es el destino, sino el anfitrión,
de palabras de mundos,
donde el destino se despliega,
y en el viaje, me encuentro a mí mismo,
viajo.



Reseñas

Daniela MARTÍN HIDALGO (2023): *La piel, la pulpa, el gusano, la semilla*.

Valencia: Pre-Textos, 80 pp., ISBN: 9788419633408

Fabio Xose Carreiro Lago

(reseña)

Daniela Martín Hidalgo es una de las grandes voces que ha aportado Lanzarote en los últimos años a la escena poética nacional y, recientemente, nos ha ofrecido una nueva muestra de su riguroso trabajo con *La piel, la pulpa, el gusano, la semilla* (2023) publicado por la prestigiosa editorial Pre-Textos.

En los últimos veinte años, Martín Hidalgo ha publicado cinco libros: *Memorial para una casa* (2003), *La ciudad circular* (2003), *Arúspice* (2014), *Pronóstico del tiempo* (2015) y el mencionado *La piel, la pulpa, el gusano, la semilla*. Es, como podemos comprobar, una autora de largo aliento, de fuerte conciencia sobre su propio acto poético y de trabajo minucioso con el lenguaje.

En su momento, ya destacó por su precoz madurez literaria. Debemos tener en cuenta que sus dos primeros libros fueron publicados cuando la autora apenas acababa de rebasar la veintena. Sin embargo, algunas de las altas cualidades de su poesía estaban presentes muy tempranamente: la elegancia y el tono elegíaco que se percibe en *Memorial para una casa* y en *La Ciudad Circular*, donde la inspiración de las lecturas de los clásicos se hace presente incluso de forma explícita, como reflejan las citas que acompañan a los poemas de este último libro, todas procedentes de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri.

Otra característica presente en su poesía desde entonces es que se encuentra impregnada de esa belleza, de esa extrañeza, de ese asombro que toda gran lectura debería producir como señalaba el crítico Harold Bloom en su obra *El canon occidental*. El lenguaje cuidado que utiliza la autora y las diferentes capas de lectura que ofrecen sus poemas muestran el gran dominio que tiene de la materia poética. También, nos encontramos con el recurso de la memoria, con todo un repertorio de lugares reales e imaginarios propios de la autora transmutados en imágenes poéticas perdurables que comparte con sus lectores.



Daniela Martín Hidalgo construye lo imperecedero de la memoria a partir de lo aparentemente frágil, lo provisional, lo perecedero: experiencias, sensaciones que dan una impresión de inmediatez, de haber ocurrido en un tiempo reciente, pero que, sin embargo, enriquece con la evocación a ratos dulce, por momentos amarga, de lo vivido, de una historia propia.

Todas estas características presentes desde su primera publicación hasta *La piel, la pulpa, el gusano y la semilla* dotan al conjunto de su obra de una gran coherencia estética. Lo mismo ocurre con la temática. En cuanto a las preocupaciones de la autora, predominan incertidumbres y declives. ¿Hacia dónde nos lleva? En el aire una soledad interior. La familia. Su condición de hija, nieta o hermana se hace presente de forma constante. Supone un punto de partida. La casa, un espacio doméstico interior. Luego los viajes, el movimiento. el desarraigo, el viaje: la vida. O las inmediaciones de la vida. La digestión de la vida. El cambio, la transformación de las cosas me parece que esa es la auténtica obsesión de la autora. Y la forma definitiva de cambio: la muerte, un tema que sobrevuela todos sus libros. Una anticipación de la muerte, un dolor casi físico, la necesidad de morir. La experiencia de la muerte. La muerte inseparable de la vida. ¿Lo único que acabamos conociendo es la pérdida? ¿Qué nos enseña la pérdida?

Desde un punto de vista simbólico, como ya se ha señalado, la muerte no sólo significa el final sino también una regeneración. En este sentido, Nietzsche definió la realización de una obra como el deseo de estar en otra parte, en otro tiempo y lugar propios, y un tiempo y un lugar propios es lo que construye minuciosamente Daniela Martín Hidalgo en cada uno de sus libros. Veamos como ejemplo un poema de su primer libro *Memorial para una casa*:

“Para habitar”

NUNCA HABITAMOS la casa.
Habitarla hubiera sido
Cerrar la puerta y las ventanas,
Desconocer la huida,
Tablas horizontales para una larga resistencia.
Esperar la ruina
Con la carne hendida en las paredes.
Luego quedar inmóviles
Esperando que nada
Llevara un eco de palabra
Y en ese lugar



La tierra se ahogase con su propio silencio.

Desde que tuvo la posibilidad de abandonar su lugar originario, presente siempre incluso en la ausencia, Lanzarote, la vida de Daniela Martín Hidalgo ha transcurrido lejos de la isla: entre los Países Bajos y Madrid. El movimiento, el cambio, la transformación son constantes en su vida y su obra. Su inquietud por el paso del tiempo. En esta ocasión quiere profundizar sobre esta cuestión. Y a esa invitación hacia los ámbitos de la hondura del mundo poético de la autora nos convoca *La piel, la pulpa, el gusano, la semilla*.

La forma de Daniela Martín Hidalgo de profundizar en diferentes aspectos de la vida cotidiana, de observar detalles domésticos, anécdotas aparentemente sin importancia a partir de las que llega a la introspección, a la reflexión a la que se nos sugiere, se nos persuade, nos invita a sus particulares hallazgos, del mismo modo en que la marea nos entrega en algunas playas de Lanzarote ciertos jallos haciendo uso de una bella metáfora.

“Jallos”

A veces hallazgos, pequeñas alegrías.
Tener un perro.

«Los deseos existen antes
que las personas».

A veces, hacerlo sonreír.
Metal, tarros acumulados, asuntos
en días que no se pueden guardar.
Hundo la cuchara en lo mullido del caldo.
Sube una reverberación que sube
de la fruta madura,

por la acera bajan riendo los amigos.
La ausencia, la hondura
Lugares, rescatados recuerdos

En un acercamiento al libro encontramos precisamente: los hallazgos. A una naturaleza desde lo real a lo íntimo, de al interior profundo, a la hondura y en la hondura la ausencia.



En el caso del título del libro, este ha partido del fruto. Si buscamos en el diccionario de símbolos de Cirlot el significado de fruto, encontramos que este significa los deseos terrestres. El símbolo procede también del interior. La piel, la capa exterior que recubre, lo más superficial, la aparente forma que adoptan las cosas. Recubre: la pulpa, la carne, lo perecedero. El gusano aparece como una injerencia en la pureza del fruto. Es como señala Chevalier “un símbolo de transición de la tierra a la luz, de la muerte a la vida”. Y en la semilla se encuentra potencialmente todo el ser. El título en realidad no es más que un resumen del potente simbolismo que entrañan los versos de la autora.

De la misma manera que Olvido García Valdés en su libro *Del ojo al hueso*, donde alude al itinerario entre la vista, lo aparente, lo que pueden captar los sentidos del mundo físico hasta su procesamiento en el hueso, lo sólido, lo que sostiene lo interior, Martín Hidalgo nos ofrece un trayecto, una transición por el interior....

Si cada libro es un tramo de la vida, como ha escrito Olvido García Valdés, en el caso de la obra de Daniela Martín Hidalgo esto parece cumplirse ofreciéndonos un nuevo tramo de esta. Nos invita a habitar su mundo poético en esta nueva entrega que los lectores de poesía sabrán disfrutar como un dulce y extraño fruto. Su lectura conmueve y emociona. Perdura lo que se nos ofrece a descubrir. ¿Y qué nos ofrecerá?



Ana FLECHA MARCO (2021): *Piso compartido*.

León: Mr. Griffin, 112 pp., ISBN: 978-84-122604-1-0

María Gómez García

(reseña)

Para los autores románticos, el paso del tiempo se dibuja a través de los monstruos y de la soledad; para los existencialistas, es un bucle que se repite una y otra vez; para los surrealistas, es una serie de fichas que caen la una sobre la otra; para Ana Flecha Marco, el paso del tiempo se metamorfosea en el altillo de un hogar.

La autora de esta novela, Ana Flecha Marco, nace en León en 1986. Se dedica a la traducción, a la escritura y a cantar jotas. Su colección está formada por cuatro libros publicados, y su literatura se distingue por el intimismo, el anhelante olor a libro nuevo y las ediciones chiquititas pero matonas, de esas que dejan huella en el lector. En sus novelas e historias, se ofrece una guía mediante el viaje, pero no solo el tangente, sino también aquél que nos cambia por dentro, que nos hace crecer y evolucionar.

Piso compartido relata la historia de una joven anónima que, de un día para otro, aparece, sin saber el porqué, en un piso que habitan varias señoras mayores y entrañables, que se refieren a ella desde la cercanía y desde lo conocido: la incluyen en sus planes, en sus historias y en sus partidas de *Scrabble*. Esta es, sin lugar a dudas, una novela intimista que se desarrolla en el hogar, en el cariño, en las motitas de polvo que recubren la superficie de los muebles, en las manos arrugadas, en el vaho de los cristales cuando se pegan los pelitos que revolotean por el aire al salir de la ducha...

Es placentero conversar sobre las obras literarias que, aunque se leen de una sentada, se recuerdan durante toda la vida. La peculiar historia de este piso compartido se estructura en varios capítulos en los que se alternan las experiencias de la protagonista con las señoras a las que ha conocido y la historia de estas mujeres. Por ende, la manera dinámica en la que Ana Flecha hila su historia, convierte a esta lectura en un viaje tierno, veloz e intrigante: el lector de *Piso compartido* suspira por conocer la historia de las mujeres que acompañan a la joven, pero quiere, también, conocer qué ocurre en el piso, quiere poner orden a la historia, comprenderla y dar voz a cada uno de los personajes. Esto lo logra, de forma cuidadosa, la propia novela.

Flecha Marco, como se comentó con anterioridad, refleja el foco de lo cotidiano: está en el paso del tiempo, en la juventud, en las historias de las mujeres mayores e incluso en el puente intergeneracional que conecta a las protagonistas, ya que, aunque la joven



cuenta con un gran diferencia de edad respecto a los demás personajes, las señoras tienen diferencias de edad entre ellas. Por consiguiente, se visita una novela en la que no hay una, sino varias brechas generacionales, y, gracias a la perspectiva de cada voz, es posible conocer sesgos de las diferentes sociedades en las que crecieron estas mujeres. Cada una de ellas es diferente: se describe a la señora más alpispá, a la más cohibida, a la más brava, etc. No obstante, todas ellas comparten una característica, y es que son la reminiscencia de nuestras abuelas: cuando leemos *Piso compartido*, nos sentimos cerca de aquella época en la que nos sentábamos en sus rodillas, nos contaban historias y nos leían cuentos. Es este sentimiento nostálgico que Ana Flecha logra transmitir al lector, dado que leer esta obra se siente como escuchar a nuestras abuelas conversar con nosotras sobre sus sueños, sus amoríos o sus tristezas.

Siguiendo en la línea de la brecha generacional, cabe destacar el carácter cíclico del tiempo, cómo se entremezclan la vejez y la juventud y se transmite la sensación de que ambos planos pueden desarrollarse superpuestos. Al fin y al cabo, los seres humanos sentimos, amamos, lloramos y reímos, por lo que, a pesar de la diferencia de edad, las emociones humanas son universales. Flecha Marco calca este concepto, debido a que todas las mujeres que convergen en esta historia se apoderan de los mismos pensamientos y de los mismos lazos, que las llevan a conformar una gran amistad, pues comparten un aspecto fundamental que el paso del tiempo no puede borrar: todas ellas son mujeres. De la mano de este concepto, la novela nos muestra una visión novedosa del feminismo y de la sororidad, muestra cómo las mujeres no requieren de ningún otro aspecto, además del hecho de ser mujeres, para poder comprenderse y apoyarse. Aunque el paso del tiempo, con su brisa, nos borra a algunas de nosotras, siempre tomarán el relevo otras mujeres jóvenes que sentirán como mujeres. En relación con este símbolo, se debe compartir la visión del olvido, pues, en *Piso compartido*, se desarrolla una historia circular en la que, tras una mujer, aparece otra. Sin embargo, se remarca el concepto de los recuerdos, ya que son el núcleo de las personas, aquello que queda de nosotros cuando ya no estamos. Los personajes cuentan sus historias, sus experiencias e incluso tienen una caja con cartas y memorias para no ser olvidadas jamás. De esta forma, podrán servir de ejemplo a las próximas generaciones y ser las migas que quedan de nosotros tras nuestros últimos suspiros.

En definitiva, *Piso compartido* es una novela intimista que conecta con los lectores a través de esta mudanza metafórica a un lugar desconocido, que transmite la sensación de que los puentes intergeneracionales pueden descomponerse en pequeñas partículas, ya que los sentimientos de las personas coinciden a pesar de la suma de los años, y que acerca al público a su infancia, a sus mayores y a las historias que les contaban cuando



eran niños. Ana Flecha Marco logra unir las historias con fragmentos de nuestra propia experiencia, y lo hace mediante una prosa metafórica e intimista.



Lucía ROSA GONZÁLEZ (2022): *Vibración de los Nombres*.

Madrid: Huerga y Fierro Editores, 126 pp., ISBN: 9788412165371

Rosa María Ramos Chinaea

(reseña)

Lucía Rosa González es, a mi juicio (y sé que quienes han seguido su trayectoria literaria estarán de acuerdo conmigo), una de las voces más misteriosas, a la vez que llamativas, de la poesía canaria contemporánea escrita por mujeres. Nacida en la isla de La Palma, desde niña su sensibilidad y su talento indagan acerca de los misterios que oculta su entorno.

Nos conocimos hace ya varios años en un encuentro literario organizado por Graciliana Montelongo en Tenerife. Nuestra primera conversación, en una cafetería de La Laguna antes de incorporarnos a aquel evento, me hizo sentir que ya éramos amigas. Allí comenzó mi admiración por su extensa y cuidadosa labor poética: desde entonces leo sus versos dejándome llevar por las emociones y experiencias que cuentan sus poemas.

He leído y releído los versos reunidos en *Vibración de los Nombres* y no me canso de respirarlos, tratar de descifrarlos, hacerlos flotar en mi mente y en mi espíritu.

Vibración de los Nombres, editado por Huerga y Fierro editores en 2020, está escrito en siete partes, cada una con subtítulos que invitan a la indagación sobre las distintas formas en las que el sonido se manifiesta en los elementos del entorno natural que identificamos con el paisaje de La Palma por lo fecundo y misterioso.

Voy a referirme a la primera parte del libro, titulada *La Música Invisible*. En este primer grupo de poemas y a lo largo de todo el libro, la poeta indaga sobre la naturaleza de la materia que produce la voz, como si el sonido pudiese ser susceptible de ser tocado, visto o percibido a través de los cinco sentidos, pero todo lo que se ve o se escucha es difuso. Nada es tan claro como el canto de los pájaros. Las voces se pierden. El paisaje y su gente se desgastan y no hay más que preguntas sobre la imposibilidad del canto o de la poesía. Las palabras, como el paisaje, se secan y todo sugiere que aquello que no suena, que no habla, que no canta, no vive, no existe. Esa parece ser la conclusión de quien observa la relación entre la palabra y la vida, aunque tal conclusión se manifieste en interrogantes:

Y esas palabras secas,
¿son profundas como boca de lava
y en nuestro pensamiento hacen herida?



¿O sosiegan el alma?
¿Por eso estamos vivos?

En la poesía de Lucía Rosa casi todo es incertidumbre. Las preguntas constantes sobre lo que se observa buscan respuestas a veces imposibles. Su forma de presentarnos las preguntas me remite al poema de Rainer Maria Rilke titulado “Amar las preguntas”. Me permito recordarlo:

Ten paciencia con todo aquello
que no se ha resuelto en tu corazón
e intenta amar las preguntas por sí mismas,

como si fueran habitaciones cerradas
o libros escritos en una lengua extranjera.

No busques ahora las respuestas
que no estés preparado para vivir,
pues la clave es vivirlo todo.

Vive las preguntas ahora.
Tal vez las encuentres, gradualmente, sin notarlas,
y algún día lejano llegues a las respuestas.

En *Vibración de los nombres* todo en la naturaleza suena en dialectos inaudibles e ininteligibles. Es una invitación a agudizar los sentidos más sutiles, detenernos, inhalar profundamente y trasladarnos a otra dimensión de las cosas, pues el pensamiento y los sentidos corporales no son suficientes para descifrar los mensajes ocultos en el cactus, en las alas de la libélula o en las aguas turbias de los estanques. Por eso, leer las estrofas de este hermoso libro se convierte en un ejercicio meditativo que indefectiblemente nos deja en total perplejidad. Nos topamos con la naturaleza de la flora endémica, con el óxido y la herrumbre que oculta la noche, con el agua turbia de los pozos, con ruidos, músicas y poemas que parecen no tener otro verso final que no sea el de la espera: “¿El sonido perdido, regresa?” Y si regresa “¿perdura?” Es el enigma del ciclo de la vida que nace, se alimenta y excrementa para abonar la hierba que devuelve vida.



En el poema “Los pasos de tus alas”, la persona poética invita al ser alado que grazna a detenerse y respirar y le pregunta: “¿Oyes cómo ruge el mar?”. Y reflexiono: ¿Cuántas veces nos detenemos -humanos cada vez más sumidos en la inquietud- a respirar y captar con todos los sentidos del “más acá” (así lo llama Lucía) para internarnos en el más allá y escuchar el sonido de la naturaleza dentro y fuera de nuestros cuerpos?

¿Sobreviven tus ojos o mis ojos?
Mientras lo desciframos,
el cielo de la noche nos engulle.

Es así como llega la oscuridad y nos devora, sin que hayamos escuchado el llamado sereno de la naturaleza: la higuera, la vid, el pino o la hierba.

En *Vibración de los nombres*, los cuatro elementos se conjugan y conjuran para que el alma poética pueda acceder a la vibración más sutil, esa que seguramente afecta a nuestra propia naturaleza, generando emociones que van desde el sosiego hasta el miedo.

Recordemos que todo vibra en la naturaleza. Pensemos también que el universo produce ondas sonoras que pueden ser audibles para el ser humano solo si la frecuencia de oscilaciones se encuentra entre veinte y veinte mil hercios. Entonces, todo suena, lo escuchemos o no. La persona poética afirma:

Oyes pasos. Se posan impalpables.
No llegan o se van.
¿Pero están en la estancia?

De nuevo el yo poético agudizando el oído para escuchar pasos imperceptibles, secretos casi fantasmales. ¿Qué es realmente eso que vibra dentro o fuera del recinto?

De cada poema de este sorprendente libro podríamos extraer un cuestionario, minuciosamente creado, para intentar, seguramente de manera infructuosa, diferenciar los sonidos reales de los imaginarios. Nuestra infancia está llena de esos sonidos imposibles de clasificar.

Vibración de los nombres crea un reto. Nos invita a escuchar la sinfonía imposible de los elementos del paisaje, los audibles y los imperceptibles, para tratar de separar esos sonidos, colocarlos en su sitio, indagar sobre su procedencia.

Uno de los poemas más hermosos del libro a mi entender, titulado precisamente “La música invisible”, nos convoca con contundencia a explorar el espacio circundante para escuchar esa música que no se ve:



Explore,
Un bien escaso es la invisible música.
Busquen, busquen la música
En los pasos salvajes
De los conejos
En la honda sequedad de los barrancos.

Un concierto de góspel inaugura la segunda parte del libro, titulada *Vibración de los nombres*. Las voces y sus ecos resuenan en los oídos de los fantasmas que pueblan el mundo. Las voces del coro silban en el aire:

Canten, voces del blanco de la nube.
El tiempo de las voces nos perfora,
y el aire de la plaza enfría las rendijas.
En el frío arrabal jadea el viento.

Cada poema de *Vibración de los nombres* cuenta su propia historia, recrea escenas que van de lo real- palpable a lo mágico-fantasmal. En cada poema una voz, a veces delirante, busca respuestas improbables. El poemario, además, nos lleva de la mano, desde el silencio hasta el estruendo, para luego regresarnos al murmullo y al silencio.

En sus poemas, a veces la mirada parece proceder de una niña que explora; otras, de la mujer que convive con sus heridas o incluso del sufrimiento de la propia tierra, de las flores del paisaje o de los pájaros. ¿Desde dónde mira la persona poética en sus textos? ¿Desde qué lugar se hace preguntas?

No puedo más que invitarles a explorar estos poemas con la delicadeza y atención que merecen. Visiten sus páginas y busquen en cada verso la llave que abre mil puertas hacia lo desconocido, hacia el sonido que se deja ver o no. Estas páginas jamás les dejarán indiferentes.



Artículos

Hermes: el viajero de multiforme ingenio

Hermes: the traveler of multiform wit

David Mendoza Rodríguez

(artículo)

Fecha de recepción: 24 de abril de 2024

Fecha de aceptación: 4 de junio de 2024

RESUMEN

Si por algo destacan la mitología y la religión griega y latina es porque existe una divinidad para todo. Hermes es un dios de la mensajería, de la astucia, de la elocuencia y de los viajeros. Este encarna la figura del viajero, del itinerante que recorre senderos aprendiendo de sus experiencias, lo que le convierte en una figura polifacética en cuanto a sus atributos, además de sincretizarse con otras divinidades que limitan en sus campos de acción con él, multiplicando aún más sus dimensiones.

PALABRAS CLAVE: Hermes, mitología, Grecia.

ABSTRACT

If Greek and Roman mythology and religion stand out for one thing, it is because there's a deity for everything. Hermes is the god of messaging, cunning, eloquence, and travelers. He embodies the figure of the traveler, the itinerant who traverses paths and learns from his experiences, which makes him a multifaceted figure in terms of his attributes. Additionally, he syncretizes with other deities whose domains overlap with his, further multiplying his dimensions.

KEYWORDS: Hermes, mythology, Greece.



Introducción

La mitología clásica no es una disciplina fácil de entender. En principio parece un caos de nombres extraños con relaciones familiares complicadas que protagonizan acciones incoherentes en el espacio-tiempo. Sin embargo, analizada y explicada (y con un poco de imaginación) llega a ser algo más ordenada. Podríamos compararlo con el mapa de una ciudad: un sistema de primeras caótico, pero ordenado y estructurado, con calles paralelas y transversales que se cruzan unas con otras formando una telaraña de nombres, de esquinas y locales con encanto, con callejones poco conocidos, plazas concurridas llenas de turistas y monumentos célebres. Ahora viajemos y cojamos un mapa, como quien coge un mito entre sus manos, y veamos la ciudad de Málaga en España. Entre la calle Jano y la avenida Plutarco está la calle Hermes, la cual recibe el nombre de nuestro protagonista.

El polifacético Hermes, viajero empedernido

En el extenso mapa de dioses, héroes y bestias de la mitología clásica, la figura de Hermes aparece muchas veces como un personaje secundario, como un intermediario en la acción de las otras grandes figuras. Sin embargo, a pesar de su discreción no deja de destacar por su carisma y robar el foco en ocasiones. Este dios se caracteriza por tener varias atribuciones y patronazgos, así como por poseer una personalidad pícara e inteligente. En el himno homérico dedicado a su figura se nombran varias de sus atribuciones:

[...] Así que entonces la Ninfa parió a un niño versátil, de sutil ingenio, saqueador, ladrón de vacas, caudillo de sueños, espía de la noche, vigilante de las puertas, que rápidamente iba a realizar gloriosas gestas ante los ojos de los dioses inmortales. (*Himnos homéricos*, a Hermes, 13)

Como vemos en el fragmento, se hace hincapié en su astucia, siendo un bebé muy prematuro. Es inventor¹, patrón de ladrones, de vacadas y ganado, está relacionado con la noche como espía y guía de sueños y protector de las puertas². Sin embargo, estas no son sus únicas características: dios de la velocidad, inventor de los pesos y las medidas, dios de la elocuencia, del comercio³ y *psicopompo*⁴. Sin embargo, su faceta más conocida

¹ En griego ἐρμῆϊον (*hermaion*) significa 'hallazgo afortunado'. Esta palabra deriva del nombre del dios Hermes, el cual es inventor y descubridor de la lira, los pesos y las medidas, el fuego, el alfabeto, los dados, etc.

² Como dios de las puertas se relaciona con el dios Jano. Este dios es representado con dos caras que miran en sentidos contrarios y sus imágenes eran frecuentemente colocadas en las puertas de acceso a las ciudades, ya que vigilaba quién entraba y quién salía. Quizá al ser Hermes un dios de los caminos y los viajeros se acabaría por sincretizar o relacionar con la figura de Jano. Como curiosidad, en Málaga las calles que llevan los nombres dioses son paralelas.



y la que cumple en la mayoría de sus apariciones en los mitos es la de dios mensajero, un heraldo de las divinidades. Pero ¿cómo es posible que tenga tantos campos de acción? ¿qué tienen que ver unos con otros? La respuesta es sencilla si nos fijamos que se le invoca como un dios de las fronteras y patrón de los viajeros en algunos textos (*Himnos homéricos*, a Deméter, vv. 375-386). Y es que, si nos paramos a observar, todos sus atributos son característicos de un viajero empedernido que ha aprendido de todo en sus muchos viajes.

Como mensajero que es debe recorrer largas distancias, encontrándose con personas de todo tipo y clases. Es dios del comercio, pues los comerciantes deben viajar para vender sus productos y conocer nuevas mercancías de las que hacer riqueza; además de que deben poseer cierta elocuencia y habilidades para mentir, de las que Hermes es patrón. Es inventor, ingenioso y es un dios del azar y de los hallazgos fortuitos, hallazgos que haría en sus itinerarios teniendo que buscarse la vida en muchas ocasiones. Como dios del ganado, al igual que los pastores, deberá viajar buscando el mejor pasto para sus vacas. Finalmente, en un plano metafísico, es un psicopompo, un acompañante de las almas en su viaje hasta el Hades (*Odisea*, XXIV, 1-10; Apolodoro, *Biblioteca*, p. 218.). La cualidad viajera del dios Hermes es significativamente relevante. De esta atribución hereda uno de sus símbolos más significativos junto al caduceo, este es el petaso, un sombrero de ala ancha de origen tesalio que se usaba para protegerse del sol y la lluvia, una prenda frecuente de los viajeros que debían recorrer largas distancias con el clima, a veces, en contra.

Perderse en el camino. Las hermas

Si hay una figura que los griegos —y, sobre todo, los viajeros— conocían eran las hermas. Las hermas eran unos pilares rectangulares que podían estar hechos de diversos materiales sobre los cuales se colocaba un busto. Este busto habitualmente era el dios Hermes y solía tener la cara decorada con una frondosa barba, en contraposición a su imagen habitual de joven imberbe. Estos pilares o estatuas tenían la particularidad de tener en su base testículos y un pene erecto. Aunque pueda sonar extraño (quizá divertido), el significado de este elemento tiene gran relevancia en la cultura griega y romana. El

³ Su nombre en latín Mercurio deriva de la palabra *merx*, *mercis*, que significa ‘mercancía’, o de *mercatus* ‘mercado’. Ambas aluden a esta faceta de dios del comercio.

⁴ Del griego *ψυχοπομπός* (*psychopompós*). Este término es referido a las figuras de la mitología que se encargan de acompañar o transportar las almas de los fallecidos al Inframundo. El término se compone de las palabras griegas *ψυχή* (*psyché*) que significa ‘alma’ y *πομπός* (*pompós*) ‘conductor’ o ‘guía’. Así pues, los ángeles en la tradición abrahámica o Anubis en la religión egipcia son equivalentes a Hermes como *psicopompo*.



símbolo de un falo erecto o de una vulva es fácil de encontrar en muchos amuletos⁵, monumentos⁶ e, incluso, juguetes y móviles para bebés. Su significado no tiene que ver con ningún tipo de valor erótico, sino que es apotropaico, es decir, sirve para alejar el mal y atraer el bien. Esta relación entre los genitales y la buena suerte se plantea debido a que los órganos sexuales, garantes de la reproducción, son los que propician la vida, lo único que puede alejar la muerte. Así, las estatuas eran colocadas en caminos, entradas de pueblos, ciudades y fuera de las casas con dos finalidades: alejar el mal y señalar fronteras y senderos. Por tanto, las hermas funcionaban como mojones, los cuales marcaban distancias concretas, pero también como indicadores en aquellos senderos que se dividían en varios caminos, por lo que algunas de estas hermas podían tener más de un busto.

Aunque la relación entre las hermas y el dios Hermes es innegable, es complicado definir cuál de los dos términos apareció primero. Etimológicamente parecen guardar una relación clara, siendo los términos griegos ἑρμα (*herma*) que significa ‘roca, escollo o túmulo’ y Ἑρμῆς (*Hermes*), el nombre propio del dios. Aunque el parecido es evidente, es arriesgado afirmar que exista un vínculo directo entre ambos términos, siendo que, posiblemente, la elección del dios Hermes para ser el busto que decore el alto de la herma sea simplemente por la casualidad de la similitud de ambos términos, nada de extrañar dada la imagen de este dios como un dios del azar.

Algunos autores como Müller (1848, p. 67) afirman que primero fue la estatua de la que después derivaría el dios, recibiendo el nombre de Hermes. Sin embargo, el nombre de Hermes se puede encontrar en el panteón micénico como *Hermes Araoia* (‘Hermes Carnero’) en inscripciones escritas en lineal B⁷. Sea como sea, la relación entre ambos, estatua y dios, reflejan la relación entre la divinidad y los viajes, los viajeros y las fronteras. Un episodio de la historia griega que protagonizan estas singulares figuras fue en el año 415 a. C. Con la Guerra del Peloponeso como telón de fondo, Atenas se despertó una mañana con casi todas⁸ las hermas mutiladas, sin pene ni nariz. Este caso, conocido

⁵Unos de los amuletos más conocidos relacionados con este símbolo son las figas. Estos amuletos pueden encontrarse de muchas formas, la más común es la de una mano que sostiene el dedo pulgar entre los dedos índice y corazón, simulando la forma de una vulva. El nombre *figa* deriva del latín *ficus, fici*, del que también deriva el nombre del higo, fruto que popularmente se relaciona con la vagina y vulva.

⁶Se pueden encontrar algunos relieves de penes bicéfalos, con una cabeza de glande y otra de figa. Uno de estos relieves puede hallarse en el interior de uno de los arcos transitables del puente romano de Mérida. Como punto de acceso a la ciudad permitía alejar el mal y la muerte del exterior.

⁷El lineal B es un sistema de escritura usada como soporte del griego micénico, muy anterior al alfabeto griego que conocemos, de origen fenicio. Este sistema es un silabario, aunque también posee signos ideográficos.

⁸Solo una de las hermas se salvaría de la mutilación, la de la tribu Egeida.



como el caso de los Hermocópidas, se convirtió en un escándalo religioso que muestra la importancia de estas imágenes y que llevó a una ardua investigación para encontrar a las personas culpables del hecho.

Hermes, Hécate, Enodia

Como anteriormente mencionamos, algunas hermas colocadas en senderos que se separaban podían poseer varias cabezas, resultando en la combinación del dios Hermes con otras divinidades, como por ejemplo *Hermanubis* (Hermes y Anubis), *Hermares* (Hermes y Ares), *Hermathena* (Hermes y Atenea), *Hermeracles* (Hermes y Heracles), *Hermeros* (Hermes y Eros), *Hermopan* (Hermes y Pan), *Hermapollon* (Hermes y Apolo), *Hermamithras* (Hermes y Mitra⁹). Esta particularidad de las hermas de las encrucijadas garantizó el sincretismo del dios Hermes y otras divinidades de naturaleza similar.

De entre todas las divinidades destaca Enodia¹⁰. Esta diosa, cuyo culto principal se practicaba en Tesalia, es una diosa de los caminos, de la purificación, la ciudad, los cementerios y protectora de los viajeros (Calvo Martínez, 1992). Además, su figura fue relacionada con otras divinidades femeninas, unificando sus elementos con ellas. De las divinidades con las que se sincretiza destaca la titánide Hécate, una antigua divinidad de gran poder aclamada en la Teogonía de Hesíodo, pero cuya figura se torna oscura para el estudio, careciendo de mitos propios y pudiendo esbozar su imagen por sus numerosas invocaciones en papiros mágicos. Hécate está estrechamente relacionada con la magia, su figura evolucionó y se oscureció siendo nombrada reina de los fantasmas. Su origen se intuye asiático y su imagen se mantendría impregnada de esta mácula extranjera, hecho por el cual, quizá, se relacionaría con Enodia. Si algo destaca de Hécate es su forma de ser representada: una divinidad quimérica compuesta de tres mujeres unidas por la espalda, portando elementos en las manos como las serpientes, una hoz, una antorcha, llaves, etc. Sin embargo, esta imagen múltiple es resultado de una evolución histórica, ya que antes del siglo V a. C. sus representaciones eran sencillas, como las de cualquier divinidad.

De la misma manera que las hermas se utilizaban en caminos y en las puertas de la ciudad y las casas, las estatuas de esta Enodia-Hécate también decoraban senderos y muros, ya que al ser señora de los fantasmas y guardiana de los caminos protegía del mal

⁹ Dios de origen asiático que protagonizaba un culto misterioso con carácter esotérico e iniciático principalmente en Roma. En la península ibérica se recogen varios hallazgos arqueológicos que atestiguan la extensión de su culto, como el *Mitra de Cabra* en el Museo Arqueológico de Córdoba o la *Casa del Mitreo* en Mérida.

¹⁰ Del griego Έννοδία que proviene de las palabras έν (*en*) ‘en’ y óδος (*odos*) ‘camino’. Su nombre significa literalmente ‘en el camino’.



a los viandantes. Su imagen era frecuente en las encrucijadas dada su naturaleza triple, quizá eso garantizó su nombre en latín, Trivia o ‘tres caminos’¹¹. Ambas divinidades además compartían una relación con los fantasmas, con la muerte y el Inframundo, lo que las llevó también a vincularse con Perséfone, la reina del Inframundo. Su imagen oscura y misteriosa fue especialmente invocada cuando los viajeros debían adentrarse en caminos sombríos y desconocidos. Como diosa de la ciudad y de la purificación, con funciones apotropaicas, se la asoció con figuras como las de Atenea, Apolo o, por supuesto, Hermes.

Conclusión

En definitiva, podemos ver que en el innato sentimiento del ser humano de viajar y conocer nuevas tierras también está la sana emoción del miedo y la preocupación. Para ello se invocaban a divinidades protectoras, entre las que sin duda destaca Hermes, elocuente y veloz, que protegía a todo aquel que decidiera coger el petaso para avanzar por los arenosos caminos, ya fuera mercader, mensajero o ladrón; para su compañía, los griegos invocaron a otras divinidades.

¹¹ Aunque el término etimológicamente alude al número 3 no se usaba solo con aquellos caminos en los que confluyen tres vías, sino que era de uso común para cualquier encrucijada. Se piensa que en estos puntos, donde había posadas o lugares de descanso para los viajeros donde charlaban de asuntos mundanos surge el término ‘trivial’.



Bibliografía.

APOLODORO (1985): *Biblioteca*, Gredos, Madrid

BERNABÉ PAJARES, A. (trad.) (1978) *Himnos homéricos*, Gredos, Madrid

CALVO MARTÍNEZ, J. (1992): *La Diosa Hécate: un paradigma de sincretismo religioso del helenismo tardío*, en *Florentia Iliberritana*, 3, Universidad de Granada, Granada

HOMERO (1993): *Odisea*, Gredos, Madrid

MÜLLER, K. (1848): *Handbuch der Archäologie der Kunst*, Bresláu: J. Max, Breslavia

Agradecimientos especiales a nuestros suscriptores en KoFi,
nada de esto sería posible sin ustedes. Viajar es más bonito y
fácil con el apoyo de:

Andrea Sánchez Villamandos

Elena Villamandos González

Roger Kaleo Cabrera López

